

UN PLAN DE EMERGENCIA

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

En una cueva prehistórica hallada en Francia podemos ver pintado a un caballo con seis manos puestas en el cuello en ademán de hacer caricias al equino. ¿Qué explicación tiene esta imagen tan tierna? Podemos suponer que se trata de un ejercicio de simulación para lograr calmar a un caballo salvaje encabritado. Cualquiera sabe que acercarse por la espalda es correr el riesgo de ser coceado. ¿No es así, con ese mismo tacto persuasivo, como el gran Alejandro domesticó al terrible Bucéfalo?

Pues bien, la pintura rupestre anterior tiene relación con otra encontrada no demasiado lejos de la primera. Allí se puede ver a dos caballos con las grupas sobrepuestas en actitud de correr en direcciones contrarias. Se diría que huyen espantados por algún ruido, tal vez un trueno o el rugido de un animal salvaje. Pero lo que resulta más significativo es el hecho de que esos dos caballos en “fuga” están rodeados por manos impresas que los cercan: arriba, abajo, izquierda, derecha... ¿Acaso el mensaje del dibujo es que los miembros de la tribu deben distribuirse en círculo cortando el paso a los cuadrúpedos? ¡Cómo no hacer nada para evitar la pérdida de unos caballos tan útiles y que tanto trabajo ha costado domesticar! El hombre de las cavernas también necesita estar precavido ante una catástrofe, contar con un plan, un protocolo de actuación para emergencias. Una vez agrupados los caballos asustados evitando su huída, se debe después tranquilizarlos acariciando el cuello con delicadeza. Las paredes de las grutas, una vez más, sirven como pedagógicas pizarras, manuales ante la desgracia. ¡Nunca más!



